

Mañanitas de BENJAMÍN Argumedo

Para ponerme a cantar pido permiso primero; señores, son las mañanitas de Benjamín Argumedo.

Ultimo día de febrero, novecientos diez y seis, han sacado a Benjamín entre las nueve y las diez.

Pues era un martes por cierto, presente tengo ese día, cuando lo sacó la escolta de la Penitenciaría,

Lo llevaron por la calle, bastante gente acudió, se llenó la plaza de armas a ver lo que sucedió.

Dos lo llevaban del brazo, lo llevaban pie a tierra, lo llevaban al palacio; era al consejo de guerra.

Lo subieron al palacio donde fue su tribunal, fue donde oyó su sentencia que era pena capital.

Su familia, que allí estaba, estaba tan desolada que al oír esa sentencia hubo de caer desmayada.

Lo bajaron del palacio por la calle en gran alarde, lo llevaban a su destino, serían las seis de la tarde.

Por la calle donde iba aquel veinte de noviembre, como iría su corazón; seguro nadie lo entiende.

Cuando llegó a su destino dijo: vengo en agonía, pues hoy tengo que ser muerto; Dios así lo dispondría.

Válgame Dios ¿qué haré yo? dijo al General Murguía y le pidió una merced a ver si se la concedía.

Pues don Francisco Murguía le contestó con esmero: qué merced es la que quiere mi general Argumedo?

Oiga usted, mi general, yo también fui hombre valiente, quiero me haga ejecución a la vista de la gente.

Oiga usted, mi general, yo no le hago ese favor pues todo lo que yo hago es por orden superior.

En algunas ocasiones también a Ud. le ha pasado, pues jefe de operaciones, ya sabe que soy nombrado.

Ya que Dios me ha concedido el no morir en la guerra quiero que a mi alma en camino animen Cristo en la tierra.

Adios, todos mis amigos, me despido con dolor, ya no vivan tan engreídos de este mundo engañoso.

Adios, mi tierra afamada, recintos donde viví, adios, mi querida esposa, yo me despido de ti.

Adios, mis padres queridos, de toda mi estimación, no me volvereis a ver, volé a la otra mansión.

Adios, familia querida que era toda mi alegría; adios, mi querida esposa; adios; Penitenciaría.

Adios; también el reloj; sus horas me atormentaban pues clarito me decían las horas que me faltaban.

Amigo; no te señales por riqueza ni estatura: pues todos somos iguales materia de sepultura.

Vuela, vuela, palomita, párate en aquel romero estas son las mañanitas de Benjamín Argumedo.

JÓRGE PENA

